

CUENTO N° 44

TÍTULO: ARNALDO

SEUDÓNIMO: OBSERVADOR ANÓNIMO

Arnaldo

Observador Anónimo

El silbato de salida sonó estrepitosamente y los obreros comenzaron a aparecer desde distintos puntos de la parcela industrial, dirigiéndose al portón principal, donde luego de marcar sus respectivas tarjetas en el reloj control, se iban retirando en distintas direcciones con rumbo al calor de sus hogares, donde seguramente les esperaban mujeres e hijos.

Arnaldo iba entre ellos, marcó su tarjeta, sacó del estacionamiento su bicicleta y montó en ella rumbo a casa. Su "chancha", como cariñosamente le llamaba, era una moderna bicicleta marca "BH", de color azul, que con bastante esfuerzo había adquirido el año anterior, para reemplazar su ya vieja bicicleta negra de manubrio "cachos de toro", de marca desconocida, saldo de la época de la segunda guerra mundial, que había adquirido de segunda mano siendo aún soltero y que le había acompañado cada día en su jornada laboral los últimos poco más de veinte años. Desde que poseía su flamante BH, algo se le había aliviado la cosa. Los 15 kilómetros que debía recorrer cuatro veces de lunes a viernes y las dos veces del día sábado, alguna mella habían hecho en sus 54 años, pero aún se mantenía físicamente bien. Pensaba que el cambio de su medio de transporte había sido una buena inversión y que a la vieja "chancha" negra se le había otorgado su jubilación a tiempo, y que bien merecida la tenía.

Y empezó a pedalear con la vitalidad que le daban sus años de obrero en aquella parcela, en la cual estaba a cargo de una bodega de alimentos para aves y cerdos. Pedaleo tras pedaleo, como magia se iban presentando una a una, etapas de su vida. Recordó cuando llegó a pedir trabajo a la industria "Avicer S.A.", donde pudo ingresar, gracias a que algún pariente lejano del dueño y gerente general de "Avicer", conocía a su antiguo patrón del fundo donde trabajaba efectuando labores agrícolas. Este personaje, había observado que Arnaldo era un buen trabajador, dedicado, sin vicios y muy responsable, cosa que había notado con el cumplimiento que le diera a pequeñas responsabilidades asignadas dentro de las labores agrícolas y que él cumplía a cabalidad.

Este empujoncito le valió el ingreso a esta productora de huevos, carne de aves y cecinas de cerdo, donde se sentía muy cómodo. Había entrado como obrero encargado del aseo de las porquerizas, pasando posteriormente a la función de repartir el alimento a las aves, hasta llegar a su actual puesto de bodeguero de herramientas, alimentos y todos los insumos que la parcela industrial requería. Su escolaridad, precaria, por falta de recursos económicos, por la lejanía de los centros

educativos durante su niñez y la familiar necesidad de salir lo antes posible a enfrentar el mundo laboral, le privaron de conocer el cuarto año primario y sus cursos posteriores. Íntimamente conocía sus limitaciones y se sentía bien...en éstos casi 21 años, había hecho toda una carrera dentro de la empresa. Esto que parece irrisorio para muchos en la actualidad, para él eran verdaderos logros por los que se sentía secretamente, muy orgulloso. Consciente estaba de su casi nula preparación escolar y el estar a cargo de tanta responsabilidad, le había significado esfuerzos que bien supo ocultar y los desarrolló con habilidad, adaptándose a lo que su precario destino laboral le había deparado, con la permanente esperanza de superación.

Otro pedaleo le trajo a la memoria cuando conoció a María, su mujer, con la que había compartido muchas estrecheces, de vez en cuando alguna holgura, penas y

alegría, buenas y malas durante los últimos veintisiete años. Cuatro hijos le dio María, los que constituían toda su alegría y por los que, sin mucho demostrarlo, sentía profundo cariño. En general, Arnaldo era un ser más bien introvertido, un tipo que no exteriorizaba sentimientos, de los buenos ni de los otros. Toda su vida era el trabajo; en la empresa donde trabajaba y los fines de semana, vacaciones y festivos, en la casita que con gran esfuerzo habían adquirido en su villorrio natal, lugar hacia donde se encaminaba entre cavilaciones y remembranzas.

Su ensoñación mientras pedaleaba, lo llevó a recordar la llegada de cada uno de sus hijos, tres de los cuales lo sorprendió en su trabajo, hasta donde llegaron a darle la feliz noticia. Solo uno de sus hijos tuvo el "privilegio" de que su padre estuviera en las cercanías inmediatas de donde su mujer paría. Recordó que aquel hecho le había logrado arrancar algunas lágrimas que furtivamente enjugó, talvez para no demostrar que también sabía llorar.

La avalancha de recuerdos que brotaba de su mente mientras pedaleaba, vertió una cascada de la cual surgió el momento cuando su hijo mayor terminaba su educación secundaria y se licenciaba en sexto humanidades. Esto trajo a su mente escenas de cuando sus otros niños, uno a uno, hacían lo suyo al terminar airoso con su educación secundaria, cosa que él, como ya se dijo, nunca pudo lograr.

Evocar los logros de sus hijos le llenaba de inmenso orgullo.

Pedalea que te pedalea, seguía avanzando por aquella serpiente de cemento de una pista, con pedregosas bermas a las que descendía cada vez que se enfrentaba ó se dejaba adelantar por algún automóvil ó camión que circulaba por ese camino de bastante tráfico vehicular.

Cada pedaleada le acercaba más a su casa y le traía alguna nueva evocación. Su fiel BH, conocía ya el camino por lo que él le daba "rienda suelta", confiado en que le llevaría a su destino.

Sin darse cuenta porqué, en su cadena de recuerdos, a su mente llegó de pronto, su vida laboral; sus compañeros de trabajo, sus jefes y en fin, todo el entorno que por tantos años le había rodeado. Recordó sus luchas sindicales junto a sus compañeros, sentado a la mesa frente a los patrones, discutiendo con su limitado lenguaje, punto a punto el pliego de peticiones en alguna negociación colectiva. Claro, si también en una oportunidad había sido elegido dirigente del sindicato de obreros de la empresa.

Mientras rumiaba éstos recuerdos, sonreía sabiéndose tan limitado y tanto que había logrado en su gestión como dirigente sindical. Que orgulloso se sentía interiormente, pues gozaba de la evidente admiración, cariño y respeto de sus compañeros y amigos de trabajo, con algunos de los cuales llevaba años compartiendo a diario, incluso más tiempo que con su mujer y sus hijos.

Acudieron a su mente; el "guatón" Felipe, un pícnico simpaticón y bueno para la talla, el "pinche" Caroca, apelativo de cuyo origen nadie sabía, ya que cuando llegó a la empresa, su apodo ya le acompañaba, pero debe haber sido por la tesura de su pelo, parado como púas de un puercoespín; el señor Williams, a quien todos los trabajadores llamaban "Mister Güilla", un gringo de cara roja y cabello de un rubio casi albino, que eventualmente venía desde la planta donde faenaban las aves y cerdos, que llamaba mucho la atención de los obreros por su rara forma de hablar el español.

En esta galería de recuerdos apareció Don Manolo, uno de los propietarios de Avicer, a quien conoció joven cuando llegó a la empresa. Don Manolo ejercía desde siempre el cargo de gerente y gozaba de mucha estima entre los trabajadores y particularmente de Arnaldo, ya que fue él quien le dio la oportunidad de ingresar a su actual trabajo. Era un hombre afable al que se podía acceder sin mucho trámite, y que tenía oídos para escuchar los planteamientos de quien fuera. Tal vez eso había influido en el éxito empresarial logrado, ya que sus trabajadores lo tenían por un tipo "choro" y buena persona, y de ahí su entrega "con la camiseta puesta", admiración, respeto y nunca el abuso de ésta forma de ser.

Seguía en su pedalear, absorto por todas éstas imágenes que danzaban en su mente entremezclando personajes actuales y lejanos, en escenarios del pasado y presente. El flaco Vergara, el "pelao" Santibañez, el chico Santana, el "finito" González, a quién le decían así por ser muy delgado y de nariz extremadamente

ahusada; el gordo Efraín, un gordo muy introvertido y poco conversador que siempre andaba sonriendo; el "Escuti", a quien apodaban así por aquel famoso arquero de la Selección Chilena del 62, no porque fuera bueno para el arco jugando fútbol, sino porque se llamaba Misael, Misael Gómez; el "lauchita", un flaquito de baja estatura y bastante disminuido de físico, el "gato" Rodríguez, el Pérez, el Gutiérrez, el Bustamante, sindicalista luchador y de gran retórica, y muchos otros, cada cual con sus defectos y cada cual con sus virtudes, muchas veces semiocultas.

Su físico, en forma automática iba generando pedaleadas mientras su mente viajaba por mundos fantásticos de recuerdos, evocaciones é imaginaciones.

Quizás fue ésta ensoñación la que provocó el descuido. Sin saber cómo, sintió que el duro pavimento se acercaba vertiginosamente a su cara, y perdió el sentido por

unos segundos, volviendo a la realidad viendo las nubes de aspecto de motas de algodón que habían en cielo.

Sintió el salobre gusto de la sangre en su boca y recién se dio cuenta que había sido arrollado por un camión, al que vio detenido a unos cincuenta metros y desde el que descendió un nervioso chofer que corrió a prestarle ayuda. Se acercó a Arnaldo y se agachó pálido ante lo que tenía frente a sus ojos. Con palabras entrecortadas por el nerviosismo, trataba de explicar qué había sucedido, sin saber qué hacer.

Tras breve tiempo, otros vehículos se detuvieron y con curiosidad, solidaridad y morbo, trataban de ayudar, opinando cada quién algo distinto; que había que llamar la ambulancia, que había que alertar a carabineros, que había que avisar a los familiares del herido, que había que ponerlo en tal ó cual posición para que no sufriera, en fin todos se arremolinaban alrededor tratando de aportar algo o simplemente curiosear.

Arnaldo sentía el desangre, pero no tenía dolores, aunque no se podía mover ya que sus músculos no respondían a sus órdenes cerebrales.

Después de largos minutos, finalmente llegó carabineros tratando de organizar el evento y también hizo su arribo la ambulancia desde la que descendieron una raída camilla en donde depositaron el maltrecho cuerpo de aquel trabajador.

Arnaldo, con algún lejano grado de lucidez y conciencia fue subido a la ambulancia.

Lo último que sus heridos oídos percibieron, fue muy a la distancia, el ulular de la ambulancia que le llevaba al hospital.

El blanco vehículo hizo su arribo al centro asistencial con un desconocido que no portaba identificación, pero al parecer, un obrero rural, quién había sido arrollado

por un camión. Ahí, los médicos de turno sólo certificaron fríamente su "muerte por atropello".

FIN